

LOS RECIEN LLEGADOS DE EUROPA

LOS recién llegados al poder en Europa hacen sus declaraciones, tienen sus primeras entrevistas mutuas, dan pasos iniciales. Ninguno omite el punto básico: trabajar por la unidad europea. Algunos matices han cambiado. Sabemos que son distintos de sus predecesores. Sabemos, también, que están en el poder por ser distintos de sus predecesores, sea cual sea la naturaleza accidental o preparada de su acceso al poder: ni Wilson continúa a Heath, ni Schmidt a Willy Brandt, ni Giscard a Pompidou. Sin embargo, ninguno de los tres son dictadores, aunque sus poderes sean bastante amplios: responden ante unos Parlamentos, unas opiniones públicas, unos partidos y unos electores. En algunos casos, la responsabilidad está sostenida por un equilibrio muy poco estable: Wilson tiene un gobierno minoritario en los Comunes, Giscard ha medido la importancia de la oposición de izquierda y tiene que cubrirse a su derecha, donde la UDR le apoya con muchas reservas. Sólo Schmidt aparece más seguro de sí mismo, porque representando al partido que se considera socialista está muy bien considerado por la derecha, pero en política exterior tiene que tener muy en cuenta el contexto del Mercado Común, en el que se mueve. Quiere decirse que si estos tres nuevos astros europeos tienen alguna necesidad de presentar políticas nuevas y trazar nuevos caminos, no pueden de ninguna manera abandonar del todo las líneas trazadas anteriormente, y las voluntades de sus pueblos. Cuando hablan de Europa no pueden negarse a la obligación de insistir en la unidad, en la construcción de una entidad autónoma, con unas características políticas y económicas propias. Al mismo tiempo están indicando que hay muchas cosas que reconsiderar. Acceden al poder en un momento de crisis europea, y es esa crisis la que de alguna manera les ha izado.

HASTA que se ha producido esta conjunción, los datos esenciales de la política europea se desprendían de la necesidad y la voluntad de desprenderse de la hegemonía de Estados Unidos y de reaccionar ante las consecuencias de un entendimiento global entre Estados Unidos y la URSS, y prepararse para que una ocasión contraria, la de un enfrentamiento entre esos dos grandes países, no aplastase a Europa. En un caso concreto, en el de la crisis de octubre, Europa había dado una primera muestra de unidad separándose de la política favorable a Israel e iniciando unas conversaciones directas con los países árabes. Sus reuniones casi permanentes trataban de mantener los datos propios de una economía y de unas finanzas. Para que la política fuese real-

mente común, se estaba buscando la forma de fortalecer el Parlamento de Estrasburgo y finalmente la creación de un gobierno europeo. Había proyectos de Federación, o de Confederación, y sus protagonistas principales eran Pompidou y Brandt. Los Estados Unidos habían comenzado a recoger ese desafío como una cierta genialidad del General De Gaulle, a partir de 1958; lo habían utilizado cuando les había convenido —la apertura al Este de Alemania Federal, imprescindible para su mejora de relaciones con la URSS, que exigía el levantamiento de esa hipoteca que amenazaba sus fronteras y las de sus aliados—; pero poco a poco habían ido considerándolo como un riesgo, como algo grave para el futuro. El límite de su paciencia se alcanzó en la crisis de octubre. La tormenta sacudió los cimientos de Europa —tan blandos, tan débiles, que aún no se habían formalizado—, y la consecuencia directa o indirecta son estos tres nuevos gobernantes, y los cambios y modificaciones que velozmente se están produciendo en otros países.

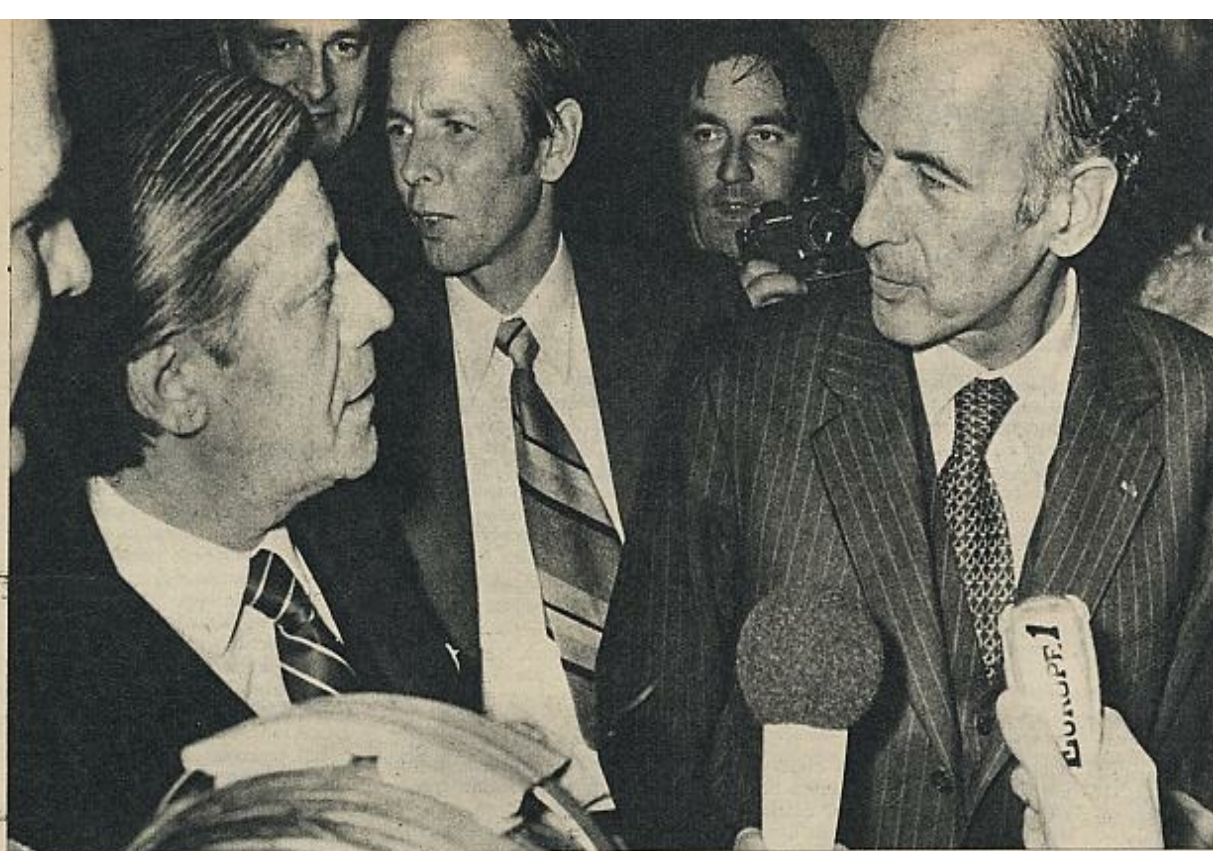
EN sus primeros pasos, y sin olvidar las líneas de fuerza anteriores, subyacentes en cada uno de sus países, tienden su puente a Estados Unidos. Giscard d'Estaing le ha dedicado párrafos entusiastas y nada dudosos: Francia, que desea mantener relaciones «sobre un plan de estricta igualdad y de respeto mutuo con las otras naciones», tiene esos mismos deseos «con respecto a los Estados Unidos, a los cuales nos unen dos siglos de amistad y de lucha comunes. Está claro que nuestro desarrollo económico implica lazos estrechos con la primera potencia económica del mundo. Por eso deseamos proseguir y desarrollar con ese gran país una cooperación activa y amistosa sobre una base de estricta igualdad». Es inútil buscar un párrafo semejante en los dieciséis años anteriores de la política francesa: no se encontrará. Como no se encontrarán en este discurso las referencias de los últimos tiempos hacia los países árabes que forman parte en el discurso presidencial del «conjunto del tercer mundo», que queda al margen «de nuestras relaciones excepcionales» (con los países que estuvieron en la órbita francesa); se pueden lamentar sus «conflictos localizados, pero muy dolorosos», y desde luego, lamentar que utilicen la fuerza de sus situaciones para producir un «alza brutal y excesiva de los precios».

EL Ideario de Helmut Schmidt es más pronunciado. Como se sabe, uno de los puntos del contencioso entre Europa y Estados Unidos fue el intento de una nueva Carta del Atlántico, que firmaría Nixon con los jefes de Estado y de Gobierno de Europa en una gran cita: la cita fue re-



Helmut Schmidt conversa con los periodistas a la entrada del Eliseo. Detrás, el recién elegido Presidente, Giscard d'Estaing.

También el nuevo inquilino del 10 de Downing Street se caracteriza por su política proamericana.



Los nuevos dirigentes de Francia y Alemania han iniciado una política de acercamiento a los Estados Unidos. Las palabras que ha dedicado Giscard (derecha) a la amistad franco-americana no tienen paralelo en los dieciséis últimos años. El ideario atlantista de Schmidt (izquierda, de perfil) es todavía más pronunciado.

chazada, Nixon se quedó sin venir a Europa y la Carta fue devuelta con tales retoques, que la idea original de Estados Unidos —fortalecer los lazos mutuos; consagrar, por lo tanto, el peso de Estados Unidos en Europa— la dejaron de considerar útil. Ahora es Schmidt quien recupera esa idea. «La Carta del Atlántico estaba bien en sí misma —declara a *Newsweek*—; pero su presentación estaba viciada desde el principio. No se puede lanzar una propuesta de este tipo con un discurso en Nueva York. Desde el punto de vista europeo, es un error psicológico total. Más aún, no hay necesidad de hacer una declaración formal entre los Estados Unidos y Europa como compañeros. La alianza atlántica está funcionando muy bien, la mayor parte de las veces muy suavemente, a pesar de la tormenta de polvo levantada durante la guerra árabe-israelí del pasado octubre». Reducir el problema de la Carta de Nixon-Kissinger a una cuestión psicológica parece un cambio demasiado fuerte; pero todo lo supera la calificación de «tormenta de polvo» a un suceso y una manipulación del suceso que ha iniciado una nueva era económica y política, al invertir el tratamiento de las materias primas, la amenaza de una

alerta nuclear para simbolizar la dependencia final de la fuerza de Estados Unidos y la galopante inflación que se está sufriendo, y, en fin, los acontecimientos que han elevado al propio Schmidt al poder, como al proamericano Wilson (la ola de huelgas que derribó al gobierno Heath estaba muy relacionada con los nuevos precios de los productos energéticos y las presiones económicas de Estados Unidos) y al nuevo amigo Giscard. Schmidt va más adelante: «Siempre he dicho que los Estados Unidos deben actuar como directores en todos los campos —económico, militar y político—, pero sin que se note». Está en la misma línea del «error psicológico». Todo es cuestión de que las acciones no se noten, de que los pueblos y sus dirigentes en Europa se vean considerados con un sistema de relaciones públicas mejor...

UN problema de la situación actual es que los Estados Unidos no sólo necesitan mantener esta dirección del mundo de occidente, sino también que se note. Quizá más aún necesitan que se note, y ciertos actos, como la ya repetidamente citada alarma nuclear de octubre, tenían la intención de que se notase. Forma parte del sistema personal de Nixon, de su campaña contra la impopularidad interior. No quiere pasar a la historia como el presidente al que Europa se le escapó de las manos. Por eso, si la Carta del Atlántico podía ser obvia, como dice Schmidt, porque los mecanismos de la alianza actual pueden funcionar tal como están, lo que Nixon necesitaba era la firma de la Carta, su viaje a Europa y su reunión con los grandes de Europa, indudablemente sobre la base de igualdad que cita Giscard, pero sin olvidar la frase de Orwell: «Todos somos iguales, pero algunos son más iguales que otros». Nixon no ha renunciado a nada. Su discurso del 5 de junio en la escuela naval de Annapolis recupera viejos temas: «Ninguna otra nación puede salvar al mundo», ha dicho hablando, naturalmente, de los Estados Unidos. Y por su ejemplo, «América puede mantener la paz y la libertad del mundo». El aislacionismo es «uno de los peligros potenciales más graves que amenazan a los Estados Unidos», capaz de conducir a «una desolación global»; no aceptará, por lo tanto, la reducción de la presencia militar de los Estados Unidos que propone el Senado y que puede ser la política del presidente que le sustituya cuando termine su período (o, aunque no previsto por él, cuando llegue el amargo momento del «impeachment»).

EL problema es distinto visto desde Europa. La idea de que ninguna otra nación puede salvar al mundo tenía aquí la inquietud de saber si el continente podría salvarse, a su vez, de los Estados Unidos, o de si podría evitar que su intento de salvar a Europa tuviera las trágicas consecuencias que tuvo para los vietnamitas el largo intento —no terminado— de los Estados Unidos para salvarlos.

WILSON, Schmidt, Giscard, no son los políticos que van a independizar a Europa de los Estados Unidos. No es su vocación, y sus declaraciones son suficientemente claras. Responden, por otra parte, a la realidad más estricta. Estando Europa construida como está, dentro de unos moldes americanos que se determinaron a partir del plan Marshall, esos moldes la obligan a sensibilizarse ante sacudidas tan brutales —y no habrían sido más que un principio— como las sufridas en el último trimestre del año pasado. Si alguien puede salvar a Europa de los Estados Unidos son los propios Estados Unidos. Que la política que ataca Nixon llegue a imponerse: y no la del aislacionismo, como dice él, sino la de una verdadera igualdad y una verdadera cooperación.

